

El fin de la democracia

Jaime Augusto Shelley



Nos dice Hegel en sus *LECCIONES DE FILOSOFÍA*: “toda cosa natural es mortal y efímera”. Idea no enteramente suya, ni creo que él así lo haya pretendido. Es un largo transitar desde los filósofos clásicos griegos materialistas hasta nuestros días. Nada es para siempre y pese a todos los obstáculos y adversidades, el desarrollo del pensamiento humano ha seguido expandiéndose y multiplicándose de manera incesante.

Los ciclos de expansión y contracción parecen casi predecibles aunque su expresión parezca al momento de tipo singular y único. Y no me refiero sólo a los de carácter económico.

Cuando el empleado de una compañía refresquera fue lanzado a las arenas políticas por sus patrones con fines de presión, y sorprendió a todos, incluso a sí mismo, del potencial mediático que su imagen de hombre rural, sencillo y dispuesto a modificar las estructuras, muy desgastadas ya, del quehacer político nacional, la descomposición de las formaciones partidistas existentes se manifestó de inmediato y de manera muy estrepitosa. Simplemente, cundió el pánico.

Es cierto que intervinieron en el proceso múltiples factores, el más visible fue la actitud del sujeto que ocupaba entonces la Silla en clara (¿e inducida?) aceptación, tan requerida por la “Democracia occidental”, de una alternancia que le diera al país un mínimo cariz de legitimidad al juego electoral.

Y, como dicen los hombres de poca ciencia y mucha religión, el milagro se cumplió. Y el ranchero, de botas y sombrero vaqueros, se dio a la verborrea entusiasta y a copiar casi literalmente a su modelo, *Baby Bush*, en acto y palabra, usando la misma técnica mediática: si voy al norte y hablo con empresarios les digo lo que quieren oír. Si voy al sur y hablo con agroindustriales, les digo lo que quieren oír. Al fin y al cabo, nadie se va a dar cuenta (y los que sí se den cuenta poco importan).

Uno de sus discursos, al inicio de su mandato, fue impresionante por su explícita caracterización del régimen que presidía y la aberración política que implicaba.

“Este será un gobierno de los empresarios, por los empresarios, para los empresarios”.

Hermosa paráfrasis del gran discurso de Abraham Lincoln, vuelto al revés.

Y todo el mundo se quedó tan tranquilo.

Se había decretado, con algunas simples frases, el fin de la posible democracia, o como quieran llamar a la república representativa, dependiente (en 80%) y simuladora, existente hasta ese momento.

Se abrieron, de par en par, como en los EUA, las puertas a la oligarquía nacional y a las empresas trasnacionales que asumieron directamente el poder, no sólo económico, sino también político, del país.





¿O alguien cree que el joven Bush alguna vez gobernó su país?

Vicente Fox, tampoco. Eran meras fachadas de grupos corporativos con estrategias ya elaboradas y puestas en operación muy anticipadamente. Las ganancias y las comisiones fueron exorbitantes, y lo siguen siendo.

Porque el sistema sigue funcionando.

Y si alguien cree que Calderón u Obama dirigieron su país, no acaban de entender nada. Cambian los sujetos, que se vuelven desechables, cambia la forma del discurso, la gesticulación y los rostros contiguos. La guerra (cualquiera de ellas) sigue; las cárceles (reconocidas o secretas) continúan repletas, y los asesinatos de Estado no han dejado de funcionar y se siguen celebrando como grandes éxitos de inteligencia militar.

¿Alguien cree que el joven Peña Nieto es un estadista, al mando de un país en severa crisis, que lo llevará al rescate?

El cura dirá en la misa del domingo (como ha dicho siempre): “Resignación, hijos míos, resignación. Es la voluntad de Dios”. Y a tragar camote. Mientras, los parroquianos dejan caer a diario en las cajitas, pegadas a las columnas de la Basílica, sus dádivas, que descienden directamente al subsuelo, donde unas monjitas con rastrillos las van amontonando y ordenando; diligentes, separan las monedas de los billetes, y en unas mesas hacen paquetitos de a cien, desde la mañana hasta la noche. Una camioneta del servicio de valores sale, de tanto en tanto, rumbo al banco.

El círculo vicioso de pobreza creciente y acumulación brutal seguirá siendo el signo, presente y futuro, de nuestra condición aletargada. Y no sólo en México —que no es un consuelo— sino en todo el mundo occidental.

No conviene ser pesimista. Sólo que el optimismo, en tiempos como estos, es una utopía casi inalcanzable. La multitud de brotes de inconformidad de todo tipo y por todo el territorio, publicitados o no, es reflejo disparejo de la ingobernabilidad reinante. Los abusos se siguen produciendo a la vista de todos, son ya rasgos comunes del comportamiento social en el país.

¿A nadie sorprende que hayan salido del país, sólo en los primeros tres meses del año, más 20 000 millones de dólares, beneficio (plusvalía) del esfuerzo de nuestra emprendedora clase empresarial?, ¿que no haya obra pública, ni pago a proveedores por parte del gobierno?, ¿que los índices de criminalidad sigan siendo los mismos que los del calderonazo?

Esta expresa exposición de patología social no tiene paralelo en nuestra historia. ¿Será incurable, terminal?

Me vienen a la mente unos versos del gran poeta dominicano Pedro Mir, que en su poema “Hay un país en el mundo”, nos dice:

¡Un dólar! He aquí el resultado. Un borbotón de sangre.
Silenciosa, terminante. Sangre herida en el viento.
Sangre en el efectivo producto de amargura.
Este es un país que no merece el nombre de país.
Sino de tumba, féretro, hueco o sepultura.
Es cierto que lo beso y que me besa
y que su beso no sabe más que a sangre.

¡Cuántos mexicanos nos sentimos así al final de cada jornada! ▲